

La Iglesia católica y los recuerdos de la Campaña Nacional

Rafael A. Méndez Alfaro*

Resumen

El artículo que se presenta ofrece al lector una panorámica general sobre las percepciones que ha tenido la Iglesia católica costarricense sobre el tema de la Campaña Nacional, así como de la figura del héroe nacional Juan Santamaría. Explora preliminarmente la coyuntura 1856-1857 en función del papel desempeñado de forma oficial por la jerarquía eclesiástica del país, de igual modo, recupera las intervenciones y posturas que asumió la dirigencia eclesial en las décadas finales del siglo XIX, momento en que se presenta un interés explícito por parte de las autoridades del Estado costarricense por recuperar

* Licenciado en Historia. En la actualidad es profesor de la UNED. Tiene varias publicaciones sobre el tema en revistas de Historia (UNA-UCR). Recientemente, publicó el libro titulado *Imágenes del poder. Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)*. San José: EUNED, 2007.
ramendez9@yahoo.com
rafa_mendez@racsa.co.cr
Rec. 18-01-06 Acep. 19-04-06

de modo sistemático las imágenes de la Campaña Nacional y del héroe alajuelense.

Palabras clave

Campaña Nacional/ Juan Santamaría/ Iglesia Católica/ Jerarquía Eclesiástica/ Héroe Alajuelense

Abstract

This article presents a general overview of the concepts embraced by the Catholic Church as to the National Campaign and the National Hero Juan Santamaría. This research covers the events that occurred during 1856-1857 in accordance to the official role Costa Rican ecclesiastic hierarchy played at that time. It also shows the interventions and positions the ecclesiastic hierarchy adopted during the last decades of the 19th Century, when Costa Rican governmental authorities were interested in recovering the images of the National Campaign and the hero from Alajuela in a systematic way.

Keywords

National Campaign/ Juan Santamaría/ Catholic Church/ Ecclesiastic Hierarchy/ Hero from Alajuela

Introducción

La Campaña Nacional de 1856-1857 se presenta como un movimiento de vital importancia en la configuración del panorama político que prevaleció en la segunda mitad del siglo XIX en nuestro país, no sólo

por “su contribución al desarrollo de una conciencia nacional, en torno a la cual se han aglutinado todos los: sectores de la sociedad costarricense” (Aguilar, 1984 :126), sino también porque la misma permitió una fusión -al menos transitoria- de las máximas autoridades del Estado costarricense con la Iglesia católica, o dicho de otro modo, posibilitó un mejoramiento en las relaciones Estado-Iglesia, a tal nivel que el conflicto armado contra los filibusteros fue catalogado, en común acuerdo, como una “guerra santa”.

De dicha guerra surgiría en no pocos lustros un héroe de carácter popular que con el paso del tiempo se convertiría en el héroe favorito de los costarricenses: Juan Santamaría. En este proceso de conversión de héroe local o regional a uno de carácter nacional mediaron múltiples aspectos, fundamentalmente asociados con el ascenso de un proyecto liberal al Estado costarricense. La Iglesia católica, sin embargo, no estuvo ajena al ascenso del héroe civil y a la recuperación de la Campaña Nacional como elementos articuladores de la identidad nacional hacia fines del siglo XIX.

La Guerra Santa

El conflicto armado desplegado entre los años 1856 y 1857 por parte del ejército costarricense y el grupo militar comandado por William Walker, representa uno de los momentos culminantes de acercamiento en la relación Estado-Iglesia. La coyuntura de la guerra significa, por un lado, la defensa del Estado nacional, y por otro, la protección de la religión predominante en el país. En este sentido, abordar este conflicto militar significaba marchar “a la más santa de las guerras” (Meléndez, 1982: 149), en la cual intervendrían tanto el Estado como la Iglesia misma.

El Obispo de la época, Anselmo Llorente y La Fuente, expulsado del país años más tarde por decreto del Presidente de la República Juan Rafael Mora Porras, claro de la situación antes descrita, emite un comunicado previo al inicio de la acciones bélicas, en el cual “insinuamos la estrecha obligación que como cristianos y ciudadanos habéis contraído de defender los derechos de vuestra patria” (ANCR. Congreso: 10118, f 1). Este tipo de mensajes emitidos por la jerarquía eclesiástica señala un momento en el que las diferencias entre el gobierno y la Iglesia tienden a mostrar un periodo de

tregua, con el objetivo de encauzar esfuerzos conjuntos hacia un enemigo común. Los filibusteros son quienes deben ser derrotados, pues «intentan despojarnos de los mayores bienes que disfrutamos, hollar nuestra religión santa, arrebatar lo que con tantos sudores habéis adquirido (y) derrocar al gobierno benéfico que con tanto tino os dirige” (ANCR, Congreso, 10118: f 1). Lo anteriormente expuesto evidencia la forma abierta en que la dirigencia eclesial entra en defensa de la religión y del gobierno mismo. El tipo de mensajes es altamente emotivo y pretende producir en el soldado receptor la idea de una noble misión como defensores de su patria y como mensajeros de la santa Iglesia, por lo cual su labor, aparte de civil, posee rasgos deificadores.

La muerte, según la Iglesia, será un honor y una gloria para quien así la experimentara, de tal forma que las valientes tropas querrán antes “morir con gloria y honor que ver conculcada la religión santa, profanados los templos y sumergida su patria en un abismo de mares” (ANCR, Congreso, 10118, f4). El conflicto militar emprendido por el Presidente Juan Rafael Mora Porras tiene un fundamental apoyo en la Iglesia, institución que legítima y respalda la guerra, pues

ve amenazados sus intereses de modo directo. Sin embargo, los mensajes edificantes de naturaleza cristiana no sólo son expresados por las autoridades eclesiales. El Presidente Mora, al emitir un discurso de agradecimiento a las tropas costarricenses, refleja un fuerte influjo del lenguaje católico oficial, al afirmar: “porque la gloria con que habéis cubierto nuestro nombre, no la habéis adquirido en la lucha fratricida, sino que la habéis conquistado, solos y en una guerra santa contra los invasores de América Central” (Comisión de Investigaciones Históricas, 1983:16).

La guerra santa y por tanto, la vinculación Estado-Iglesia se manifiestan también en una serie de expresiones de los soldados al recibir la bendición del Obispo Llorente, donde a viva voz gritaban “¡Viva Costa Rica! ¡Viva Juan Rafael Mora! ¡Viva la Religión! ¡Viva el Ilustrísimo don Anselmo Llorente! ¡Mueran los enemigos de la patria y de nuestra religión!” (*Eco Católico*, 1893:78). Este tipo de proclamas dan relevancia a la combinación de lo devoto con lo profano, todo ello vinculado con la defensa de los intereses comunes.

Capellanes de la Campaña Nacional ingresan en este escenario al proponer al jerarca de la

Iglesia, que publique en la prensa un informe dado por ellos de las batallas efectuadas “para que el pueblo costarricense se persuada más y más cada día de que la causa que actualmente sostiene, no es solamente útil y conveniente en lo político, sino también santa y sagrada en lo religioso” (Meléndez, 1978:428). Como se puede apreciar, la percepción que acerca de la naturaleza de la guerra tienen las diversas figuras involucradas directamente en este conflicto, son en lo primordial similares. Autoridades políticas y religiosas ofrecen desde distintos ángulos, perspectivas afines en la forma discursiva de abordar el tema, situación que evidencia el nivel de compatibilidad que frente a la guerra presentaron, tanto la Iglesia como el Estado costarricense.

El conflicto armado de mediados del siglo XIX tiene sin lugar a dudas los rasgos fundamentales para ser denominada como guerra santa. Sólo de esta forma podemos entender la posterior aceptación, popularización y defensa que de la figura de Juan Santamaría y de la Campaña Nacional hace la Iglesia católica. El héroe alajuelense es producto de una guerra subsidiada por el Estado y bendecida por la Iglesia; por tal motivo, en las décadas posteriores se puede observar cómo la Iglesia asume

la defensa y popularización del héroe, exceptuando, como se verá, el singular caso del que llegaría a ser Obispo de Costa Rica, Víctor Manuel Sanabria, en la tercera década del siglo XX.

La prensa oficial católica

A partir de 1885 se da en nuestro país el ascenso y consolidación del “diarismo” en el campo de la información, esto es, el surgimiento y proliferación de prensa escrita. En este año se funda el primer diario estable y de circulación regular como fue el Diario de Costa Rica, ejemplo que pronto imitarían otros diarios civiles y religiosos. (Morales, 1981:141). Es casualmente en los tres lustros finales del siglo XIX, en los cuales el papel que juega la prensa oficial católica se vuelve relevante como reproductor del discurso, que alrededor de la figura de Juan Santamaría se realiza en la prensa civil. En este sentido, en algunos casos la prensa oficial católica reproduce literalmente discursos de la prensa civil y con ello conmemora una gesta gloriosa con argumentos y criterios prestados.

Algunas referencias muestran cómo este tipo de prensa asumió una posición de aceptación y popularización del héroe. Es así como se pueden encontrar en

las fuentes escritas eclesiales este tipo de comentarios: "Llena de patriótica satisfacción conmemora Costa Rica el 35 aniversario del generoso sacrificio que de su vida hizo en aras de la patria el modesto cuanto intrépido soldado Juan Santamaría, ofreciéndose voluntario a incendiar el mesón" (*La Unión Católica*, 1891:1). Esta posición de aceptación y popularización de la imagen del soldado alajuelense por parte de la prensa católica, obedece a la necesidad de ser consecuentes con un héroe de corte popular, impulsado por las autoridades civiles y producto de una guerra consentida y legitimada por la jerarquía eclesiástica.

La prensa católica en su momento hace evidente este proceso de difusión del héroe. Por ejemplo, la *Unión Católica*, periódico oficial de la Iglesia, "rinda también su tributo de admiración a la memoria de Juan Santamaría y de los demás héroes de la gloriosa jornada del 11 de abril de 1856" (*La Unión Católica*, 1892:3). La confluencia de este tipo de comentarios en la prensa oficial católica y los que de modo constante y periódico se emiten en la prensa civil costarricense van a traer como consecuencia la popularización definitiva de Juan Santamaría como héroe nacional, diseminando ante la población la visión e

interpretación que de la acción del héroe tenía la clase dominante costarricense. Santamaría es el factor determinante a partir del cual se recupera la gesta bélica de los años 1856-1857 y constituye la figura clave a través de la que canaliza, hacia la población, la versión oficial del conflicto armado, situación en la que tanto el Estado como la Iglesia comparten intereses.

Sin embargo, es preciso dejar claro que la presencia del héroe alajuelense dentro de la prensa eclesiástica nunca fue masiva ni constante. Las referencias que se hacen del Erizo son escasas y esporádicas. Esto quizá tenga relación con el hecho de que tal tema no entra en la órbita de intereses prioritarios que poseía la Iglesia católica de la segunda mitad del siglo XIX. Los temas doctrinales asociados con asuntos de fe, ética y moral predominan de forma abrumadora en las publicaciones regulares que hace la Iglesia. Prensa escrita como el *Mensajero del Clero*, el *Eco Católico*, la *Hoja Parroquial* y la *Unión Católica*, ofrecen una escasa cobertura en materia civil, de ahí que el enfoque que se ofrece del héroe costarricense y de la Campaña Nacional, no sólo es ocasional, sino que en la mayoría de los casos se presentan argumentos reproducidos de la prensa laica.

La jerarquía eclesiástica

Existen dos importantes documentos emitidos por capellanes que estuvieron presentes en la Batalla de Rivas, que datan de 1856, los cuales provocaron una interesante polémica en la que estaba inmersa la figura de Juan Santamaría. Tal polémica se presenta en el tercer decenio del siglo XX y en la misma estuvo involucrada la descollante figura del sacerdote Víctor Manuel Sanabria.

El primero de estos documentos es el muy conocido Libro de Defunciones elaborado por el Padre Francisco Calvo, en el que se certifica en la partida n.º 384, que Juan Santamaría murió del cólera camino de Nicaragua a Costa Rica y no al pie del mesón como tradicionalmente se aceptaba. Al respecto Sanabria indicó, hacia el año de 1930, que el problema con el acta de defunción estribaba en el hecho de que “el Padre Calvo debió conservar el nombre del héroe que se divulgó posterior a la batalla, pero no conservó la circunstancia en que murió, y por eso lo apuntó de buena cuenta de las muertes en la campaña, y como se debía consignar algún detalle, apeló al más corriente de la época en que se redactaba su libro, el cólera” (Mensajero del Clero, 1930:154).

Sin embargo, en este período se divulgó ampliamente una investi-

gación que años atrás había elaborado Eladio Prado sobre el Libro de Defunciones del Padre Calvo. Tal estudio fue diseñado con el fin de refutar la validez del acta de defunción referida y de esta forma justificar la ausencia de Santamaría de un acta que certificara que había muerto en el intento de dar la quema. Prado afirmaba que “tal partida de defunción del soldado Juan Santamaría consignada en el Libro primero de los que murieron en la Primera Campaña de 1856, existente en el Archivo Eclesiástico, no tiene la importancia que han pretendido darle, ni es de validez absoluta” (Prado, 1991:170).

Sanabria, por su parte, al notar que se estaba desacreditando la autoridad de un documento oficial de la partida 384 contiene detalles falsos no era necesario forzar el análisis” (Mensajero del Clero, 1932:146). El estudio hecho por Eladio Prado dejó con serias dudas a Sanabria, quien en 1932, y después de analizar la obra de Prado, varió de opinión sobre la figura de Santamaría. Sanabria señaló que el Libro del Padre Calvo era veraz (incluida, por supuesto, el acta de defunción donde se anotaba que el héroe había muerto de regreso a Costa Rica y no al pie del mesón), e incluso llegó a afirmar que era imposible que Juan Santamaría estuviese presente entre las tropas

el 11 de abril de 1856 (Mensajero del Clero, 1932:144). Esta actitud es comprensible si se toma en cuenta el lazo de hermandad que une a los sacerdotes Calvo y Sanabria. Este último al aceptar como veraces los datos presentados por Calvo, la emprende contra los planteamientos de Eladio Prado y al hacerlo desacredita al héroe alajuelense, en este caso, afirmando que el tamborcillo ni siquiera se encontraba en Rivas en el momento de la quema del mesón.

La labor de registrar los nombres de los muertos en el campo de batalla, de consignar las condiciones en que fallecieron, el lugar de origen de los soldados, así como su edad, correspondía a los capellanes nombrados para tales funciones, entre muchas otras, por las autoridades católicas. Así por ejemplo, “el capellán del ejército, el presbítero Francisco Calvo, calculó que 407 soldados murieron a raíz de la epidemia (del cólera)”. (Molina, 2000:42). Como es de suponer, la exactitud de los datos, dada la dimensión del conflicto y las condiciones tan adversas en que se trabajaba, no es algo de lo cual se pueda dar garantía.

Kart Hoffman, médico, jefe del ejército costarricense, llegó a elaborar listas detalladas de heridos albergadas en el hospital con nom-

bres, grado militar. Lugar de residencia, sitio de la herida y gravedad de la misma (Hilje, 2006:57-58). Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones que laicos y religiosos mostraron por recuperar la memoria de los heridos y muertos en campaña, es claro que la precisión y la confiabilidad de los datos registrados resulta, en algunos casos, de dudosa veracidad.

El segundo documento al que nos referimos al inicio de este punto es un informe que enviaron los capellanes Calvo y Mora al Obispo Anselmo Llorente, relatando parte de la batalla del 11 de abril de 1856. Dicho informe llama la atención por el hecho de que ni se habla de que se diera quema del mesón, ni tampoco se acredita alguna acción heroica al soldado Juan Santamaría.

Sanabria justifica la ausencia de referencias sobre Santamaría y la quema del mesón en el relato que hacen los sacerdotes por el carácter religioso que ambos desempeñaron durante la guerra y por la ubicación y ocupaciones que los mismos tenían en el momento de ejecutarse el acto. Según Sanabria, los capellanes “no hablan del incendio del mesón porque como sacerdotes les importaba más lo que había sucedido en la iglesia parroquial, y por otra parte fue tanto el tra-

bajo espiritual que agobió en los primeros momentos a nuestros capellanes, que no habrían podido informarse con detenimiento de lo militar de la batalla" (*Mensajero del Clero*, 1930:153).

En este caso los argumentos de Sanabria fueron más consistentes para justificar la ausencia de Santamaría del informe de los capellanes. Sin embargo, dos años más tarde no mostraría la solvencia suficiente para convencerse de que efectivamente la ausencia del héroe alajuelense del libro del Padre Calvo, había sido producto solo de un error de este último y caería en la hereje presunción de asumir que el soldado alajuelense ni siquiera había hecho acto de presencia en Rivas en la memorable fecha.

En términos generales, la Iglesia como institución vital de la sociedad costarricense, no estuvo ausente de la polémica que ha acompañado la recuperación histórica de la Campaña Nacional y, particularmente, del héroe alajuelense Juan Santamaría. De ahí que las múltiples contradicciones y ambivalencias en las que las autoridades eclesiales se vieron envueltas, sea solo un reflejo del complejo proceso de rescate de la memoria histórica y de la construcción de la identidad nacional experimentada en el país.

Bibliografía

- Aguilar Piedra, Raúl (1984). La responsabilidad del Estado costarricense en la defensa del patrimonio. Un caso de estudio: el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica.
- Comisión de Investigaciones Históricas (1983). *Proclamas y Mensajes*. San José, Imprenta Nacional.
- Dobles, Luis (editor) (1991). *El libro del héroe*. San José, Editorial del Ministerio de Educación Pública.
- Hilje, Luko (2006). *Karl Hoffman: naturalista, médico y héroe nacional*. San José, INBIO.
- Meléndez Chaverri, Carlos (1978). *Documentos fundamentales del siglo XIX*. San José, Editorial Costa Rica.
- (1982). *Juan Santamaría: una aproximación crítica y documental*. Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Molina Jiménez, Iván (2000). *La Campaña Nacional (1856-1851). Una visión desde el siglo XIX*. Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Morales, Carlos (1981). *El hombre que no quiso la guerra*. San José, Ariel/Seix Barral.

Fuentes primarias

- ANCR, Congreso, 10118
- Eco Católico* (1893).
- Mensajero del Clero* (1930,1932).
- La Unión Católica* (1891, 1892).